

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2012

© Gonzalo Sobejano

© *Del texto de Francisco Ayala*: Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© *Del apéndice*: José María Pozuelo Yvancos

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala / Real Academia Española
Lecturas de Francisco Ayala

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

LECTURAS DE FRANCISCO AYALA

Gonzalo Sobejano

Fundación Francisco Ayala

Universidad de Granada

2012

Índice

Nota editorial 9

Lectura de Francisco Ayala 11

Lectura de “El Doliente” 41

El Doliente, por Francisco Ayala 73

“Ayala, Sobejano y la lucidez”,
por José María Pozuelo Yvancos 97

Nota editorial

“LECTURA de Francisco Ayala” es el texto de la conferencia pronunciada por Gonzalo Sobejano en la clausura del Congreso Internacional *Francisco Ayala: el escritor en su siglo*, celebrado en Granada entre los días 17 y 21 de julio de 2006, y, revisada, en el homenaje que la Fundación pro Real Academia Española dedicó al escritor el día 25 de enero de 2007. Hemos incluido la respuesta que Ayala improvisó tras la intervención de Sobejano en el congreso de 2006, según la transcripción de Jesús Arias, periodista del diario *Granada Hoy*.

La conferencia termina con la lectura de “El ángel de Bernini, mi ángel”, de Francisco Ayala, que se cita a partir de *El jardín de las delicias / El tiempo y yo* (prólogo de Carolyn Richmond; Madrid, Espasa Calpe, 1978). Además, Gonzalo Sobejano hace mención o cita literal de sus escritos *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)* (Madrid, Prensa Española, 1975); *Cuentos españoles concertados: de Clarín a Benet* (edición de Gonzalo Sobejano y Gary D. Keller; Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1975); y “Lectura de «El Doliente»” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, 329-330, número monográfico dedicado a Francisco Ayala, noviembre-diciembre de 1977).

El texto completo de este último artículo, seguido del relato “El Doliente”, del libro de Francisco Ayala *Los usurpadores* (primera edición en Buenos Aires, Sudamericana, 1949), forman la segunda parte del presente volumen.

Como él mismo cuenta, el profesor José María Pozuelo Yvancos precedió a Gonzalo Sobejano en el turno de intervenciones del referido congreso de 2006. Pudo dar así testimonio directo del “emocionado abrazo de don Francisco y de Gonzalo Sobejano”. Su crónica, publicada en el diario murciano *La Verdad* (27 de julio de 2006), cierra estas *Lecturas de Francisco Ayala*.

LECTURA DE FRANCISCO AYALA

AMIGOS y lectores de Francisco Ayala:

Cuando se alcanza cierta edad, el presente aparece lábil y el futuro encogido en la sombra; solo el pasado se alarga, se dilata y se ahonda, y la conciencia tiende a recurrir a él con cualquier motivo. Perdonen, pues, que para esta “Lectura de Francisco Ayala” –lectura de su persona y de su obra– opte por el auxilio de una memoria que solo aspira a dar fe de un proceso vivido de conocimiento y de admirativa atención.

Allá por el otoño de 1947 llegaba este entonces estudiante universitario, procedente de Murcia, a Madrid: aquel Madrid del “tiempo de silencio” recreado más tarde por Luis Martín-Santos en su novela crepitante de fracaso y cólera. Con la guía y compañía de mi hermano Enrique, fui cursando los estudios de Filología Románica, haciendo amistades, buscando amor, leyendo de todo un mucho, escribiendo poesía y sorteando el hambre después de haber escapado a la tuberculosis.

Aunque eran tiempos de escasez y angostura en todos los aspectos, compartíamos ambos hermanos una habitación en una modesta “pensión leonesa” situada frente por frente del Ateneo de Madrid, en la calle del Prado, y el único lujo que nos permitíamos era el disfrute asiduo de la biblioteca de aquel centro, que la censura parecía no haber cribado con tanto rigor como otras.

Antes de llegar a Madrid creo recordar que no conocía de Francisco Ayala ni aun el nombre. Más adelante sí tuve parva noticia de su persona, desplazada por largos años en el exilio,

en la Argentina, de donde nos llegaban a los españoles del encierro traducciones y originales de obras importantes de pensamiento y literatura.

Iba yo aprendiendo modos o métodos de trabajo en la entonces flamante estilística, cuyo más ilustre corifeo era a la sazón Dámaso Alonso, maestro memorable. Pero, entre las amistades a las que mi hermano me abrió paso en el Madrid de aquellos años, estaba Enrique Tierno Galván, con quien nos comunicábamos a menudo.

Nunca olvidaré la siembra de ideas, de saberes, de curiosidad y de ánimo que el trato con don Enrique Tierno nos deparó. Nos citábamos a veces en un café céntrico y, compartiendo unas tazas de café y acaso unas copas de coñac (que sea “magno”, recomendaba Tierno aludiendo a la marca, no al tamaño), conversábamos y volvía cada uno a sus diarias tareas, plurales y errantes. Y como yo deseaba infundir a la estilística algún componente interpretativo de sentido social, y no había estudiado Derecho, a diferencia de mi hermano Enrique y de don Enrique, busqué lecturas pertinentes y di, en el Ateneo, con el *Tratado de Sociología* de Francisco Ayala, un libro abarcador, completo, moderno, derivación honrosa de aquel renacimiento intelectual promovido por Ortega y sus discípulos. Ortega había regresado a España en persona y con sus obras. Y yo asistí con mi hermano, en el Madrid de 1949, a una de las conferencias del filósofo sobre “El hombre y la gente”. No recuerdo nada acerca de una manzana contemplada o explicada según los distintos puntos de vista; sí quedó vibrando en el oído de mi conciencia este fragmento del poema “Espacio” de Juan Ramón Jiménez, aludido esa tarde, según creo recordar, por su coetáneo Ortega: “No, ese perro que ladra al sol caído no ladra en el Monturio de Moguer, ni cerca de Carmona de Sevilla,

ni en la calle Torrijos de Madrid: ladra en Miami, Coral Gables, La Florida, y yo lo estoy oyendo allí, allí, no aquí, allí, allí”.

Entonces quizá solo como instintiva intuición, y luego, hasta hoy mismo, como decantada correspondencia, aquel fragmento de Juan Ramón Jiménez entre La Florida y la baja Andalucía –en medio, el Atlántico– iba a ser y fue siendo, en mi sentir, emblema de la voz del exilio.

Confieso que mi capacidad para los “recuerdos” y “olvidos” es muy inferior a la de la persona que enlazó estos sustantivos para titular el libro de memorias que todos admiramos. Obra preciosa, como todas las suyas, que nos entrega a nosotros, sus hermanos, la historia y la rúbrica de una vida ejemplar. Pero Ayala se lamenta a veces de la inseguridad de sus recuerdos y del azar de sus olvidos. Comparto, agravada, tal incerteza, y amparándome en ella proseguiré estas digresiones, humilde tributo que prefiero al intento de una recapitulación monumental. Por méritos indiscutibles, Ayala es uno de los escritores españoles del siglo mejor y más estudiado, por los críticos ahora reunidos en Granada en torno suyo y algunos que no han podido asistir, y por él mismo, ya que en su persona se concilian en altitud incomparable el artista y el crítico, el poeta y el pensador.

Pues bien, no me atrevo a afirmar que, antes del *Tratado de Sociología*, hubiese leído yo la primera novela de Ayala, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925). Pero tampoco me atrevo a negarlo. Mirando hacia atrás, no sin nostalgia, me veo en la gélida necrópolis de la Biblioteca Nacional de entonces leyendo esa primicia y otro libro que me interesaba también, por lo extravagario de su título: *Tentativa del hombre infinito*, de Pablo Neruda. Que fui lector de este cuaderno del poeta chileno, es seguro: conservo en algún ángulo de

una amarillecida libreta de estudiante, este verso de Neruda (impuntuado): “Yo no canto yo digo en palabras desgarradas”, verso que venía muy bien a mi estado poético de los últimos años cuarenta, más concorde con el desgarrado y disperso Álvaro de Campos de Fernando Pessoa y con el César Vallejo agónico, que con los inmediatos padrinos Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

Si leí *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, no recuerdo nada de este libro veinteañero de Francisco Ayala. Lo cual no prueba que no lo leyera. Se lee y se olvida; se lee y, aunque nada se recuerde de la lectura, ese mismo recordar que uno ha olvidado lo que leyó es una de las formas más sutiles y penetrantes de la asimilación cultural.

Pero vuelvo al camino.

Tras diez años de permanencia en Alemania como joven lector de español de la universidades de Heidelberg, Maguncia y Colonia, arribé con mi mujer, Helga, a Nueva York, recomendado por Joaquín Casaldueiro a la atención de Francisco García Lorca, para ocupar un puesto docente en el departamento de español y portugués de la Universidad de Columbia. Y allí estuve entre 1963 y 1971, y allí estaban, entre 1963 y 1967, don Francisco Ayala (profesor de la Universidad de Nueva York) y su esposa, Nina.

Llegamos a la ciudad del mundo el 9 de octubre del 63; y entre mis manos tengo aquí, ahora, cuando escribo estas páginas, dos libros que Francisco Ayala me regaló en nuestra primera visita a su apartamento. Los libros eran *La cabeza del cordero* (en la edición de 1962) y *El as de bastos* (1963). La dedicatoria, igual en ambos casos, decía: “A Gonzalo Sobejano cordialmente Francisco Ayala, Nueva York, nov. 1963”. Releyendo estas líneas me pregunto si fueron escritas

antes o después del 22 de aquel mes (fecha en la que Helga y yo, como millones de personas de todo el mundo, habíamos visto por televisión el asesinato del presidente Kennedy en Dallas). Allego el dato para situar el recuerdo, pero creo que la dedicatoria hubiese sido la misma después que antes; y en idéntica forma y fechas distintas me fueron llegando, dedicados, casi todos los libros de Francisco Ayala, a pesar de los cambios de residencia suyos y nuestros más allá de aquellos años de coincidencia en Nueva York.

Por cierto, algo que me llamó la atención en aquella primera visita a su apartamento de la calle 16, muy cerca de la Quinta Avenida y de Washington Square, fue la sobriedad del ajuar: una habitación de tamaño mediano, mesa funcional, y sobre ella una máquina de escribir portátil, cinco o seis libros, papeles no desordenados y, al extremo del breve recinto, la mesa de comedor donde Nina ofrecía sabrosos manjares a amigos anteriores y recientes.

Llegué a pensar que la parquedad doméstica del admirado Ayala fuera consecuencia de la pronto asumida movilidad o provisionalidad del exiliado: evitar la impedimenta, disponerse ligero a imprevisibles cambios del destino. Y bien pudiera ser así, aunque también rasgo de carácter acorde con otros que el observador podía notar: cierta distancia respecto a los sentimientos propios y ajenos, posesión de una mesura racional no extraña al dolor ni a la alegría pero determinante a la hora de enjuiciar el espectáculo de la realidad y, en fin, un resuelto propósito de clarividencia: mirar hacia el fondo pero desde arriba, desde una contemplación frontal despejada.

Y acerca de lo que aquí tan torpemente llamo contemplación frontal despejada, o desembarazada, adelantaré un episodio.

Mucho después de aquellos primeros encuentros de los años 60, acaso a fines de los 80, vinieron Francisco y Carolyn (su esposa desde hace tiempo, su compañera constante, nuestra admirada hispanista) al piso donde aún vivo. Les había invitado y quise mostrarles que, aun en la soledad en que había quedado tras la muerte de Helga, iba procurando aprender a manejar ciertos artefactos que había instalado en un cuarto secundario. Al conocer Ayala la muerte, más bien súbita, de Helga, me había dicho: “¡Ha muerto, tan inocente!”, un modo indirecto de confesarme su profunda simpatía. “Inocente” –he ido advirtiendo más tarde– es el adjetivo con el que Ayala, sobre todo en el examen ético de sus *Recuerdos y olvidos*, salva y honra con invariable homenaje a sus preferidos; pero “inocente” no en la acepción de inocuo, inofensivo, inculpable, sino en la sustantiva de bueno, bondadoso, candoroso, angélico. Y sigo. Queriendo mostrar a Francisco y Carolyn mis pinitos tecnológicos, les hice pasar a la trastienda de los artefactos. Y nada más entrar allí, él se fijó en un cuadrado de flaco marco que colgaba –y cuelga aún– arriba del espacio ocupado por el televisor. Noté su sorpresa admirativa en su gesto y en su pregunta: “¿Quién es?”. Y respondí de inmediato: “Mi hermana Armida”.

Era –es– un dibujo al pastel de mi hermana Armida, firmado por un tal Sander en 1934, cuando esta mi hermana contaba nueve años de edad, y yo, el último de una familia numerosa, seis. A pesar de lo remoto de aquella niñez, guardo memoria de un mediodía de primavera en que mi padre, en Murcia, nuestra ciudad natal, volvía a casa en compañía de un sujeto delgado, vivaz, nervioso, efusivo, de largo pelo gris o blanco, que portaba un maletín –casi una maleta– y al que mi padre –arqueólogo y bibliotecario de profesión– había encargado que pintara sendos retratos de Armida y de Fuensanta (la otra hermana, cinco años mayor que Armida).